

EL PRIMER PLAN PARA LA DEFENSA DE CUBA (1771)

CELIA PARCERO TORRE
*Centro Regional de la Universidad Nacional
de Educación a Distancia, España**

Abstract

The loss of Havana in 1762 revealed that “the pearl of the Antilles” not only wasn’t the impregnable fortress that it was meant to be, but on the contrary, Havana only needed a numerous army and a bit of luck to be defeated. Therefore, after the city’s recovery in 1763, the military reforms needed to protect it were carried out. These reforms consisted in improving the fortifications, increasing and restructuring the Army and the elaboration of a Defence Plan. This paper studies that initial Plan of Defence, designed by Silvestre Abarca and presented in 1771. This was the first Plan designed for America and the model for many other plans of defence that would follow.

Key words: America, Cuba, defence plans, Silvestre Abarca.

Resumen

La pérdida de La Habana en 1762 puso de manifiesto que “la perla de las Antillas” no era, como se creía, una plaza inexpugnable, sino que con un ejército numeroso y un poco de suerte podía capitular. Por ello, tras su recuperación en 1763 se pusieron en marcha las reformas militares para defenderla: mejora de las fortificaciones, aumento y reestructuración del ejército y la elaboración de un plan de defensa. El objeto de este trabajo es el estudio del primer plan de defensa para América, diseñado por Silvestre Abarca y presentado en 1771.

Palabras clave: América, Cuba, planes de defensa, Silvestre Abarca.

* La Puebla, nº 6, 34002 Palencia, España.

THE FIRST PLAN FOR THE DEFENCE OF CUBA (1771)

CELIA PARCERO TORRE

*Centro Regional de la Universidad Nacional
de Educación a Distancia, España*

Résumé

La chute de La Havane en 1762 montra que “la perle des Antilles” n’était pas, comme on l’avait cru une place inexpugnable; une armée nombreuse et un peu de chance pouvaient la faire capituler. Aussi, quand elle fut reprise en 1763, des réformes militaires furent mises en train afin de défendre la ville: les ouvrages fortifiés furent améliorés, l’armée, restructurée, augmenta en nombre, et un plan de défense fut élaboré. L’objet du présent travail est l’étude du premier plan pour défendre l’Amérique, conçu par Silvestre Abarca et présenté en 1771.

Mots-clefs: Amérique, Cuba, plans de défense, Silvestre Abarca.

Samenvatting

Het verlies van La Habana in 1762 openbaarde dat “het juweel van de Antillen” niet onkwetsbaar was, zoals gedacht werd. Met een behoorlijke leger en een beetje geluk kon de stad veroverd worden. Daarom werd na de herovering in 1763 militaire hervormingen doorgevoerd om de stad beter te kunnen verdedigen: verbetering van de versterkingen, herstructurering van het leger en ontwikkeling van een verdedigingsplan. Het artikel analyseert de eerste verdedigingsplan voor Amerika, ontwikkeld door Silvestre Abarca en gepresenteerd in 1771.

Kernwoorden: Amerika, Cuba, verdedigingsplannen, Silvestre Abarca.

Las grandes reformas militares de Carlos III no se produjeron sino hasta después de la paz de París de 1763; el carácter de tregua que España dio a esta paz fue el factor desencadenante de la política reformista en América. Las instrucciones para la reorganización del ejército veterano —formado por las guarniciones o cuerpos fijos y los cuerpos expedicionarios que se enviaban de España periódicamente— y para la reorganización de las milicias se extendieron a toda América, pero fue en Cuba donde primero se ordenó y reglamentó el funcionamiento de esta parte que se caracterizaba por ser un gran ejército de reserva, formado por la población civil, organizado al igual que el ejército peninsular, provisto de armas y dotado de eficacia al insertar en él mandos profesionales —los llamados pies veteranos—, así como la obligatoriedad del servicio a todos los hombres entre 15 y 50 años (Mijares Pérez, 1992, 46-54).

El encargado de poner en pie el ejército de milicias en Cuba fue Alejandro O'Reilly, quien viajó a La Habana con el conde de Ricla para recuperar la plaza y encargarse de la reestructuración de las tropas. Éste era un aspecto importantísimo de la organización de la defensa, pero no el único; reparar las fortificaciones dañadas en la guerra contra los ingleses y construir otras nuevas era imprescindible para poner a la isla y en particular a La Habana en el mejor estado posible de defensa. Para llevar a cabo esta misión acompañaron al conde de Ricla varios ingenieros militares, al frente de los cuales estaba Silvestre Abarca.

Con la ayuda de éste y su segundo, Agustín de Crame, el conde de Ricla elaboró un proyecto general de fortificaciones que fue enviado a España para su aprobación por la junta de generales creada en Madrid para estudiar la defensa de La Habana. Además, el rey pidió un dictamen al conde de Aranda, quien en esos momentos desempeñaba el cargo de capitán general de Valencia y que se mostró a favor del plan, pero señaló la necesidad de que Ricla, O'Reilly, Abarca y Crame:

formen el proyecto mas exacto que sea posible de la defensa que a cada punto corresponda, con tal individualidad que cualquier gobernador que fuese pueda y deba dirigirse por aquella instrucción que aprobada por S. M. sirva a La Habana de monumento para su seguridad.¹

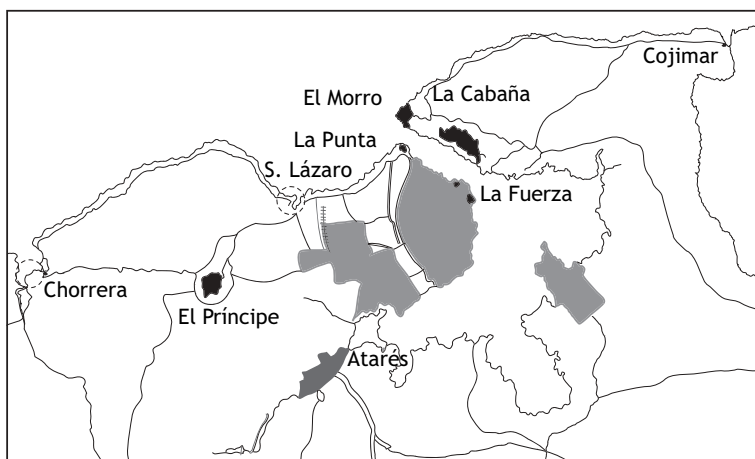
Este texto es, en nuestra opinión, la primera alusión a la necesidad de elaborar un plan de defensa basado en la utilización táctica tanto de los recursos materiales (fortificaciones, armamento, etcétera) como humanos (ejércitos veteranos o profesionales y milicias).

Para el conde de Aranda, por un lado estaba el proyecto de fortificaciones y, por el otro, el plan de defensa en el que se establecía la estrategia a seguir, en caso de ataque, para defender cada uno de los puntos clave de las fortificaciones de la plaza, teniendo en cuenta los recursos humanos y materiales disponibles. El plan de defensa debía evitar la repetición de lo sucedido en 1762, es decir, la improvisación con que el gobernador, Juan de Prado, tuvo que hacer frente al ataque inglés. La pérdida de La Habana fue, en último extremo, la principal causa que justificaba la elaboración del plan. No en vano Aranda había presidido la junta de generales que juzgó a los militares responsables de su pérdida. La protección de La Habana no podía, por ningún motivo, dejarse al arbitrio del capitán general de turno (Parcero Torre, 1998, 194-202).

EL AUTOR: SILVESTRE ABARCA, BRIGADIER E INGENIERO DIRECTOR
DE LAS FORTIFICACIONES DE LA HABANA

A pesar de que Aranda recomendó en su informe que el plan de defensa se elaborara conjuntamente por las autoridades militares de la isla, la responsabilidad recayó en Silvestre Abarca, director de las obras de fortificación. Abarca nació en Medinaceli

¹ Servicio Histórico Militar de Madrid (en adelante, SHM) 4.1.1.1. *Opinión del conde de Aranda sobre los proyectos formados para la fortificación de La Habana*. Madrid, 28 de marzo de 1764. Cit. en Delgado (1963, 98).

Sistema defensivo de La Habana

Fuente: Elaboración propia

(provincia de Soria) en 1707 e ingresó en el cuerpo de ingenieros en 1740. De su currículum hay que destacar su participación en las obras del canal de Castilla, que dirigió entre 1755 y 1756 (Helguera Quijada, García Tapia y Molinero, 1988, 48-52),² y después, en los proyectos del Pabellón de Ingenieros, Casa de Contratación, Aduana y Consulado de Cádiz, así como en las nuevas fortificaciones de este puerto (Capel, Sánchez y Moncada, 1983, 23). Era, por tanto, un ingeniero con experiencia y reconocido prestigio cuando fue designado para dirigir las fortificaciones habaneras en 1763.

² Abarca elaboró el trazado de uno de los tramos más complicados del canal, el denominado "canal del norte", que debía partir de Olea, cerca de Reinosa (provincia de Santander) para llegar hasta Calahorra (provincia de Palencia). Este canal tenía 27 leguas de longitud. A lo largo de éstas debían colocarse 72 esclusas, 12 presas y 103 acueductos, además de un embalse, una mina subterránea y dos grandes puentes-acueductos. La envergadura de estas obras y sus dificultades técnicas sobrepasaron por completo las previsiones económicas de la Secretaría de Hacienda, por lo que se decidió aplazar la construcción del canal del norte y cesar a Silvestre Abarca apenas un año después de su nombramiento, en marzo de 1756.

Abarca debía poner en marcha en La Habana un proyecto elaborado por el ingeniero francés, marqués de La Vallière, pero con las modificaciones que considerase oportunas. Esta empresa fue acometida de forma inmediata tras su llegada a Cuba en julio de 1763, de modo que a finales de ese mismo año el conde de Ricla envió el proyecto a la Corte para su aprobación.

El plan de fortificaciones se basó en dos ideas fundamentales: crear un segundo cinturón defensivo fuera de las murallas y fortificar la altura de la Cabaña en la entrada del puerto. La necesidad de fortificar la Cabaña había sido considerada por todos los ingenieros militares que pasaron por La Habana desde el siglo XVI, pero la de proteger la ciudad fuera de las murallas aparece señalada por primera vez en el proyecto que el ingeniero de origen francés, Francisco Ricaud, elaboró en 1761 por encargo del gobernador Juan de Prado. Ricaud observó que, dado que la ciudad estaba rodeada de pequeños cerros que la dominaban por todas partes, quedaría totalmente indefensa ante cualquier enemigo que lograse ocuparlos.³ Sin duda, sus indicaciones se tuvieron en cuenta al elaborar el plan de fortificaciones de 1763.

Las piezas clave del nuevo cinturón que debía proteger la ciudad desde el astillero hasta el mar, englobando toda la plaza, fueron el castillo de Atarés, cuya edificación comenzó en 1763 y finalizó en 1767, y el del Príncipe, que se empezó 1767. Ambos están situadas sobre dos alturas que dominan la campiña, la de Manuel González y la de Arostegui, respectivamente, y están separados por una distancia de 1 600 toesas⁴ (unos 2 300 metros).

³ Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante, AHN), Estado 3025, núm. 3. *Relación del estado actual de las fortificaciones de la plaza de San Cristóbal de La Habana y demás fuertes y castillos dependientes por el ingeniero D. Francisco Ricaud de Tirgale, año de 1761*. "Todas las murallas estan dominadas de las tres principales eminencias circunvecinas, que son la loma nombrada de Manuel Gonzalez, que elevándose delante del Real astillero distante unas 600 toesas, sujeta mas de la mitad del recinto, la otra llamada de Carmona en el centro del itsmo, aunque a poca mas distancia no es menos dominante contra la plaza y la última de Gerónimo del Rosario, si bien es de menor elevación no es de menor importancia al enemigo por mas cercana, que formando todas ellas en la parte superior una regular meseta proporcionan al enemigo el dominio de la Campaña".

⁴ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. Da esta medida en lugar de las 4 000 toesas de las que habla Pezuela.

Los dos castillos tienen forma poligonal. El del Príncipe es un romboide de 124 metros de perímetro exterior, con dos baluartes enteros y dos medios separados por cortinas, rodeado por un foso de 18 pies de anchura por 12 pies de profundidad. En el interior albergaba un polvorín, aljibes y casamatas cubiertas con bóvedas a prueba de bombas, y se comunicaba con la ciudad por una puerta de salida. Este fuerte estaba artillado con 12 cañones, aunque estaba preparado para montar hasta 25. El castillo de Atarés es un cuadrilátero con cuatro baluartes en los ángulos, rodeado por un profundo foso; dentro se construyó un cuartel cubierto por seis bóvedas a prueba de bombas, capaces de albergar tres compañías con los víveres y pertrechos correspondientes. Tenía montados 21 cañones de calibre 24 y una sola puerta al exterior, protegida por una media luna o luneto.

Pero la obra cumbre de las fortificaciones que se emprendieron tras la recuperación de la plaza fue el castillo de San Carlos en la Cabaña. Comenzado el 4 de noviembre de 1763, no se terminó hasta 1774. Este castillo tiene un emplazamiento perfectamente adaptado a la superficie de la loma sobre la que se levanta, una lengua alargada de terreno de escasa anchura que va de este a oeste desde el castillo del Morro a los llamados "hornos de Bicuña"; este terreno alargado cae hacia la bahía, de forma abrupta, y hacia la costa, de forma más suave.

En la construcción de esta fortaleza se tuvo en cuenta el que sus fuegos apoyasen a los del Morro, sirviendo de flancos los de ambas fortificaciones, de tal forma que los enemigos nunca pudieran atacar a uno sin ser enfilados por los fuegos del otro.

Adaptada a esta estructura alargada, se construyó una fortaleza con forma de elipse de 656 metros de perímetro. En los extremos estaba rematada por dos medios baluartes que se alargaban hacia los despeñaderos de la bahía; además de estos semibaluartes, existía un baluarte completo; todos ellos estaban unidos por cortinas de enorme grosor, rodeadas por un foso de 15 pies de profundidad. El castillo se comunicaba por debajo de la cortina que miraba a la bahía por medio de 18 bóvedas de 14 varas de largo por 6 de ancho; además, en las cortinas se construyeron dos medias lunas cubiertas de cuatro bóvedas en que se alojaba la pólvora necesaria para el repuesto diario.

Su capacidad interior para albergar tropas, víveres y municiones nos da una idea de la importancia de esta fortaleza. En efecto, dentro del castillo se construyeron cuarteles para alojar cómodamente un regimiento completo junto con todos sus oficiales en tiempo de guerra, y en tiempo de paz estaba previsto que residiese un batallón con sus respectivas familias. Para atender las necesidades de esta población se levantaron tres aljibes capaces de almacenar agua para una tropa de hasta 2 000 hombres durante un año.⁵

Las armas y las municiones del castillo se guardaban en las construcciones hechas para este fin dentro de los baluartes.⁶ Estas edificaciones estaban cubiertas de grandes bóvedas, a prueba de bomba, lo que supuso un elevadísimo costo. Para defender mejor estos baluartes se construyeron también minas paralelas a sus caras, desde las cuales estaba previsto sacar ramales hacia donde fuera conveniente. El castillo tenía montados 178 cañones, 17 de los cuales estaban colocados en el medio baluarte que miraba al puerto, para defender su entrada. En la cortina del lado izquierdo, la que mira a la bahía, se abrió la puerta principal, y en el medio baluarte de la izquierda otra puerta comunicaba esta fortaleza con el castillo del Morro a través de un camino cubierto.

Aparte de emprender estas nuevas obras de fortificación, Abarca se encargó de reparar los destrozos que la guerra había provocado en los castillos de la Punta y, sobre todo, del Morro, el más afectado por el ataque inglés, pues no sólo recibió el impacto de una mina en sus muros sino que durante varios días fue bombardeado desde la ciudad después de que los enemigos tomaran posesión de él.

⁵ Roberto Segre (1972, 57) afirma que el castillo de San Carlos es representativo de la complejidad de la estructura interior que impulsaron a las fortificaciones; el perfeccionamiento de la técnica militar, la diversificación de funciones y el aumento considerable de la población defensiva.

⁶ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. En el medio baluarte de la derecha y en el baluarte entero se construyeron dos almacenes de pólvora de 56 varas de largo y 6 de ancho. En el medio baluarte de la izquierda (el que mira al castillo del Morro) se albergaban las provisiones de guerra y víveres.

En el Morro se reedificó el baluarte de la izquierda, se aumentó su capacidad, se ensancharon y profundizaron sus fosos, y se reforzaron las dos puertas de acceso: la que mira al puerto se fortaleció escarpando la roca para hacer el terreno inaccesible, y la que mira a la Cabaña, construyendo un puente levadizo que la separase del camino cubierto. También se elevó la altura de los parapetos, pero sobre todo, se le dotó de un buen camino cubierto que permitiera la comunicación con la batería de la Pastora y con el castillo de San Carlos en la Cabaña. Por último, se reconstruyeron cuarteles y almacenes y se levantaron algunas fábricas (de la Pezuela, 1962, 112).

En cuanto a las murallas de La Habana, Abarca decidió dejarlas casi en el mismo estado en que se encontraban y concentrar todos los esfuerzos en el Morro y en la Cabaña que eran, en su opinión, los lugares que debían protegerse. En realidad, la salvaguarda de la plaza no se confió a las murallas que la rodeaban, sino a las fortalezas que constituían el segundo cinturón defensivo al que nos referíamos, integrado por los castillos de Atarés y el Príncipe y los reductos que debían construirse entre éstos y entre este último y San Lázaro.⁷

Al mismo tiempo que se llevaban a cabo estas obras, Abarca fue elaborando el plan de defensa que concluyó en 1771.⁸ Las razones que explican esta demora son fundamentalmente que éste estaba supeditado a la construcción de las nuevas fortificaciones y a la reorganización del ejército. Y si O'Reilly había completado ya en 1769 la organización de las tropas veteranas y de milicias,⁹ en cambio, las obras de fortificación de la Cabaña no finalizaron hasta tres años después de que Silvestre Abarca

⁷ Jaime Delgado (1963, 94-95) explica que Abarca elaboró tres proyectos para la plaza: uno basado en la vieja idea de comunicar el mar con la bahía, dejando aislada la plaza por un foso de agua; otro en el que pensó destruir las murallas y defender la plaza desde las fortalezas situadas en los cerros que rodeaban la ciudad; y un tercero en el que decidió mantener las murallas como estaban y construir las fortalezas periféricas.

⁸ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. La Habana, 8 de abril de 1771.

⁹ SHM, 4.1.1. *Estado general de las tropas que existen en La Habana y sus partidos tanto arregladas como milicias y compañías sueltas, comprendiendo el regimiento Asturias que se espera*. En este informe de Abarca de 1771 afirma

presentara el plan de defensa.¹⁰ Los retrasos en la llegada del situado mexicano y la falta de mano de obra causaron la lenta marcha de las obras de fortificación.¹¹

En 1774 Abarca fue ascendido al cargo de director y comandante del Ramo de Plazas y Fortificaciones, y en 1775 regresó a la península, participando en la expedición de Alejandro O'Reilly a Argel con el cargo de cuartel maestro general (Capel, Sánchez y Moncada, 1988, 81). En los últimos años de su carrera colaboró en el sitio de Gibraltar, elaborando los proyectos de ataque a esta plaza en 1780 y 1782. Dos años más tarde moría en Medinaceli (Soria) a los 77 años.

EL PLAN DE DEFENSA DE LA HABANA Y SUS CASTILLOS¹²

LAS CLAVES DE LA ESTRATEGIA DEFENSIVA

La estrategia estaba basada en la idea de ganar tiempo, poniendo las máximas dificultades al enemigo en cada fase del ataque a la plaza, desde el momento del desembarco hasta el mismo instante de la capitulación, si llegaba el caso. Abarca sabía muy

que cuenta para defender la isla con unos 8 675 hombres (4 000 de tropa veterana y 4 675 de milicias); sin contar los batallones de Puerto Príncipe, Las Cuatro Villas y Santiago de Cuba; incluidos éstos la cifra asciende a unos 11 000 soldados. Hemos estudiado este tema con detalle en Parceró Torre (1998, 224-229). Véase también Kuethe (1979; 1986, 37-38) y Torres Ramírez (1969, 73-94).

¹⁰ Desde la finalización de la Cabaña en 1774, sólo quedó pendiente la finalización del castillo del Príncipe, cuyas obras, comenzadas en 1767, se retrasaron por diversos motivos hasta 1780, ésta es la fecha que da Tamara Blanes para la conclusión de las obras por el ingeniero Luis Huet (Blanes, 2001, 84). Francisco Pérez Guzmán (1997, 139) afirma que fue terminado diez años después, en 1790. Sobre la construcción de este castillo trata también Juan Bosco Amores Carredano (2000, 455), pero no da la fecha de su terminación.

¹¹ Estos aspectos y las soluciones propuestas (creación de nuevos impuestos, implantación de la intendencia, etcétera) los hemos estudiado en Parceró Torre (1998, 237 y 259).

¹² SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. El expediente consta de 150 páginas y es el que hemos utilizado para este estudio. Existe además un libro manuscrito en la Academia

bien que la mejor protección de La Habana era su clima, pues en virtud de que la época propicia para la navegación y el desembarco era el verano, los ejércitos enemigos resultaban inevitablemente afectados por las enfermedades que provocaban las elevadas temperaturas del trópico, en especial el vómito negro, cuyos efectos se dejaban sentir a partir de la segunda semana de permanecer en ella.¹³ Estaba demostrado que los efectos del clima de la isla sobre las tropas invasoras producían muchas más bajas que cualquier ofensiva militar.¹⁴

Aprovechar los accidentes del relieve y la espesa vegetación que rodeaba La Habana eran, por supuesto, otras claves de la defensa. El conocimiento del terreno jugaba a favor de los asediados, por eso el plan de defensa analiza minuciosamente la mejor forma de aprovechar los recursos naturales, combinándolos con los humanos y materiales, ajustando al detalle las partidas de soldados y el número de cañones con que debían resguardarse determinados parajes o, por el contrario, dejar abandonados aquellos que por sus características ofrecieran pocas posibilidades de retrasar el avance enemigo.¹⁵

En definitiva, el objetivo era ganar el máximo tiempo, con un doble propósito: que las enfermedades minasen al adversario, obligándole a retirarse, y permitir que llegaran los refuerzos.

Española de la Historia: II, I, 6, núm. 8. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier e ingeniero director D. Silvestre Abarca*. Este libro, cuidadosamente encuadernado, contiene además múltiples dibujos y planos de las fortificaciones.

¹³ AHN, leg. 3025, núm. 3. *Relación del estado actual de las fortificaciones de la plaza de San Cristóbal de La Habana y demás fuertes y castillos dependientes por el ingeniero D. Francisco Ricaud de Tirgale*, La Habana, 8 de julio de 1761.

¹⁴ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. Señala que los ingleses perdieron en 1762 muchos más hombres (10 000) por las enfermedades que en las operaciones de ataque.

¹⁵ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. Cuando contempla la posibilidad de un desembarco enemigo por Marianao aconseja que en ese paraje sólo se haga algo de oposición al desembarco, pero no se pierda el tiempo montando baterías, etcétera, pues "el enemigo no podrá subsistir respecto de lo descubierto del terreno".

ESTRUCTURA INTERNA Y CONTENIDOS

El plan de defensa contiene, en esencia, un análisis de todas las hipótesis de invasión y las respuestas del sistema defensivo (tropas y fortificaciones) en cada caso. En cambio, apenas recoge datos geográficos, demográficos y económicos de la región, limitándose a justificar la importancia de la defensa de La Habana por su enorme interés estratégico en la navegación entre España y América.

La planificación de la defensa parte del supuesto de que no serían menos de 20 000 hombres los que intentarían atacar La Habana. Teniendo esto en cuenta, se plantean tres hipótesis de invasión: atacar primero la ciudad y, tomada ésta, emprender la conquista del Morro y la Cabaña o viceversa, e incluso, una tercera hipótesis era la de atacar por todos lados a la vez. Abarca descartaba esta última porque ello obligaba a los enemigos a establecer una línea de circunvalación y contravalación, para cuya defensa serían necesarios 11 reductos con capacidad para albergar 500 hombres cada uno. La realización de esta obra no llevaría menos de 44 días y supondría la división de las fuerzas enemigas, quedando mucho más expuestas a las operaciones de los ejércitos defensores. Por estas razones el adversario debería elegir entre conquistar primero la plaza y después el conjunto de la Cabaña o empezar por ésta y terminar por la ciudad.

Desde este punto de partida el plan de defensa se estructura en dos partes: la primera se refiere a la salvaguarda de la plaza y la segunda a la de los castillos del Morro y de San Carlos de la Cabaña. Previamente, se analizan las medidas que debían tomarse para evitar el desembarco en los lugares de las costas inmediatas a La Habana, que resultaban más adecuados para ello. Éstos eran Cojimar o Bucarano, a barlovento de la plaza, y la Chorrera, a sotavento de la misma. Para intentar impedir o, al menos, retrasar el desembarco, se contemplaba la creación de un ejército volante integrado por más de 4 000 soldados de infantería, 800 caballos, 300 fusileros de montaña y 150 dragones. Estas fuerzas dispondrían de 12 cañones para formar baterías en las alturas próximas a los posibles lugares de desembarco: en la orilla izquierda del río Cojimar, en la loma de San Pedro (entre Cojimar y Bucarano) si desembarcaban por sotavento o en la orilla izquierda de la desembocadura del río Almendares, si lo hacían por la Chorrera.

La ubicación de las tropas volantes debía hacerse de tal forma que siempre estuviese asegurada su retirada, bien a los castillos del Morro y la Cabaña o a los del Príncipe y de Atarés. Abarca había calculado que tomar las baterías españolas que defendían los puntos de desembarco les costaría a los enemigos por lo menos ocho o diez días antes de lograr aproximarse a las fortalezas.¹⁶

Este ejército volante debía vigilar también los puertos de Mariel y Matanzas, por si los enemigos intentaban resguardar allí su escuadra; si así sucediera, se destacaría a un oficial experimentado con una parte de este ejército, formado por voluntarios de caballería y de infantería, para oponer estas tropas a los movimientos del enemigo y tratar de evitar o, en todo caso, retrasar el desembarco.

Para el abastecimiento de estas tropas volantes, se preveía la designación de dos proveedores, uno de carne y otro de cazabe, que tenían que suministrar todos los días lo que necesitase cada batallón. Los responsables del reparto de alimentos entre las compañías serían un sargento y un oficial de cada batallón; igualmente, debían nombrarse dos o más *vivanderos* (soldados u oficiales encargados de recoger verduras y frutos de las estancias vecinas para mantener al ejército a diario).¹⁷

Los dueños de las haciendas e ingenios tenían obligación de proporcionar comida y forrajes para los animales, transportándolos desde sus propias fincas, e incluso, de ser necesario, desde el interior de la isla. Por otra parte, toda la población tenía derecho a vender libremente sus frutos; el robo de alimentos se castigaba con la horca.

Dado que una parte importante del ejército volante era tropa de milicias, se hacían recomendaciones para evitar su desertión, como por ejemplo, la prohibición de que los soldados fueran a sus

¹⁶ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*. Los puestos de Cojimar, San Pedro y Bucaranao debían defenderse con 150 soldados de infantería, 18 de caballería y 24 artilleros para servir a 20 cañones; hacia sotavento, las dos baterías en las orillas del río Almendares en la Chorrera estarían defendidas por 80 soldados de infantería y 10 artilleros para atender a ocho cañones.

¹⁷ La ración diaria de los soldados era de 24 onzas de pan, 12 onzas de carne y dos cuartillos de vino; los sargentos tenían derecho a dos raciones; los alféreces, a tres; los tenientes, a cuatro; y los capitanes, a seis.

casas a comer o a cambiarse de ropa, así se les obligaba a permanecer en el campamento llevando una vida similar a la de la tropa veterana. A cambio, las familias de los milicianos serían atendidas para que no les faltasen alimentos y recibirían la mitad del sueldo.

LA DEFENSA DE LA PLAZA

El plan de defensa de la plaza comienza con una descripción del estado de las fortificaciones nuevas y de las antiguas y, a partir de ahí, analiza los recursos humanos y materiales necesarios para protegerlas. Abarca parte de que para atacar la ciudad era imprescindible la conquista de los castillos del Príncipe y de Atarés, lo que llevaría a los enemigos al menos 30 días.

Para defender el castillo del Príncipe consideraba necesarios 16 artilleros para atender a 12 cañones, y 300 hombres de infantería que se relevarían con tropas de la plaza cada día al amanecer, a fin de que al alba, momento en que se solían atacar los fuertes, se juntasen 600 hombres en el castillo. Dos compañías de infantería y 50 dragones vigilarían el tramo entre este castillo y la plaza con el objeto de que los adversarios no pudieran sorprender sus defensas ni las de la ciudad.

Una vez conquistado este fuerte, los enemigos atacarían el de Atarés, que defendía, sobre todo, la comunicación de la ciudad con el campo y era, por tanto, pieza clave para la resistencia de la plaza. Abarca consideraba que este castillo resultaba mucho más difícil de conquistar por lo escarpado del terreno y por estar delante del campo volante del ejército español, situado en Jesús del Monte. Para atender a su defensa eran necesarios 24 artilleros para servir 21 cañones y 229 soldados de infantería.

Cuando consiguieran ambas fortalezas, los enemigos emprenderían el asalto a la plaza, la cual estaría defendida por 1 129 soldados y 90 artilleros para 90 cañones. El castillo de la Punta dispondría de 150 soldados y 20 artilleros para otros tantos cañones. Aparte, 75 soldados y 50 dragones vigilarían el tramo entre la plaza y los castillos instalados en la Quinta de Ursantios. Estas tropas corresponderían a dos batallones de infantería, uno de veteranos y otro de milicias blancas de La Habana, que sumaban en total 1 350 hombres.

Pero en la defensa de la plaza se concede importancia, en especial, al papel que debe desempeñar el gobernador, especificando con detalle sus funciones. En primer lugar, debía tener el mando del ejército volante y residir fuera de la plaza para controlar mejor los movimientos de los enemigos, pues, en opinión de Abarca, la delegación del mando producía retrasos en la toma de decisiones. Por otra parte, su presencia aseguraría la permanencia de todos los milicianos en los campamentos y el orden en el campo, así como el abastecimiento de las tropas. En segundo lugar, al gobernador le correspondía una serie de obligaciones respecto a la organización de las tropas y de la población, pero también debía adoptar un determinado comportamiento en el momento del ataque, y en caso de capitulación, tal y como resumimos a continuación.

EL PAPEL DEL GOBERNADOR EN LA ORGANIZACIÓN DE LAS TROPAS Y DE LA POBLACIÓN CIVIL. El gobernador tendría como funciones formar una relación de la guarnición, de toda la gente del pueblo que pudiera tomar armas y de todos los víveres; organizar los medios materiales y humanos para sofocar incendios; utilizar los conventos como hospitales, distribuyendo en cada uno sus correspondientes cuarteles; organizar el transporte de víveres y armamento, obligando a colaborar a todos los artesanos de la ciudad, especialmente herreros, carpinteros, armeros, toneleros, etcétera, en la reparación de los útiles que fueran gastándose; distribuir la tropa en tres partes (una de guardia, otra de retén, y la tercera de descanso) y asignar a los oficiales cometidos diferentes: el teniente del Rey u otro oficial estaría encargado de las defensas exteriores de la plaza y el mayor, de las interiores. El sargento mayor distribuiría las órdenes y elaboraría un diario de todas las operaciones; además, repartiría todos los días un estado de las tropas y puestos en que se señalase a cada uno el punto adonde debía acudir en caso necesario. Cada brigada enviaría un sargento o cabo a casa del gobernador para recibir las órdenes puntualmente. Al igual, el comisario de guerra, los controladores y el proveedor irían todos los días a casa del gobernador a recibir las órdenes correspondientes, pues este último tendría que estar pendiente de la distribución de alimentos y municiones, para lo que haría todas las noches un estado de las municiones a repartirse cada día.

ACTITUD DEL GOBERNADOR EN EL MOMENTO DEL ATAQUE. El gobernador debía aconsejar a la población que abandonase la ciudad, bien dirigiéndose a sus haciendas en el campo o buscando un lugar seguro donde fuese posible conseguir alimentos con facilidad; el lugar recomendado era la región de Güines que, dada la fertilidad de sus tierras, permitía la obtención de toda clase de verduras. Para proteger a la localidad, se destinaría a un oficial mayor encargado, sobre todo, de mantener el orden.

Por otra parte, dirigiría todos los cañones al punto de ataque y los colocaría en batería sobre explanadas de madera para impedir a los enemigos formar las suyas. Cuando éstos lograsen formarlas, retiraría los cañones a sus respectivas troneras. El gobernador siempre tendría cuidado de que estuvieran bien artillados los flancos de los baluartes, el punto clave de la defensa, retirando de las caras los cañones cuando atacase el contrario y utilizando bombas y granadas para atacar sus baterías.

En caso de que los adversarios asaltasen la plaza abriendo una brecha, el gobernador tendría que estar ahí, pues "este es el único momento en que debe exponer su vida sin reservas pues hasta ese caso conviene mucho su conservación para la defensa más segura".¹⁸

COMPORTAMIENTO DEL GOBERNADOR ANTE LA NECESIDAD DE RENDIR LA PLAZA. En caso de tener que rendir la plaza, Abarca aconsejaba trasladar todas las municiones de la plaza al Morro y la Cabaña, y retirarse a esta fortaleza, capitulando antes de que los enemigos consiguieran entrar. Así se lograrían dos cosas: una capitulación más ventajosa y la posibilidad de organizar la defensa desde fuera. Sin embargo, lo primero que debería tener en cuenta el gobernador al rendir la plaza era el futuro de la población civil, pues desde ese momento se impediría la entrada de alimentos y, por tanto, los habitantes estarían expuestos a morir de hambre o a ser maltratados por los enemigos, usándoles para romper el bloqueo. En cualquier caso, el gobernador no podría rendir nunca los castillos ni la plaza por salvar la vida de los que permanecieran en la ciudad.

¹⁸ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*, p. 18.

LA DEFENSA DE LOS CASTILLOS DE SAN CARLOS Y EL MORRO

El plan de defensa de la Cabaña contemplaba al castillo de San Carlos y al del Morro conjuntamente; así, se aconsejaba que en tiempo de guerra ambas fortalezas fuesen mandadas por el mismo comandante y que las guarniciones de esos castillos, tres batallones de tropas veteranas, hiciesen el servicio de modo que siempre hubiese dos batallones en la Cabaña (de servicio y de retén en el cuartel) y otro, en el Morro. Este batallón debía relevarse cada 24 horas, siempre al amanecer, para que en ese momento de peligro el castillo estuviera protegido por dos batallones.

Aunque en el plan de defensa no se descartaba ninguna posibilidad de ataque, ni siquiera la de uno conjunto al Morro por mar y al castillo de San Carlos por tierra, la hipótesis más probable era la de que primero se intentaría conquistar la Cabaña, y a continuación, el Morro. En este caso, antes de caer en manos de los enemigos, se retirarían las tropas y el armamento del castillo de San Carlos y se llevarían al Morro. Dado su emplazamiento, el primero sólo podía ser atacado por el lado derecho, pues por el izquierdo estaba protegido por los fuegos del Morro y comunicado directamente con él por una puerta que salía al camino cubierto.

En opinión de Abarca, la propia envergadura de esta fortificación, formada por tres recintos defensivos, hacía pensar que no podría ser tomada en menos de tres meses. Para su conquista era necesario ocupar primero el camino exterior, protegido por dos lunetos defendidos por 195 y 135 hombres respectivamente, que se relevaban cada 12 horas;¹⁹ al mando de esta guarnición estaban cinco oficiales, un coronel, un teniente coronel, un sargento mayor, un ayudante y un ingeniero, los cuales debían recorrer cada día estos puestos para observar los movimientos de los enemigos y recomponer lo que se desmoronase de las construcciones con faginas y sacos de tierra.

¹⁹ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero director D. Silvestre Abarca*, p. 18. De los 135 hombres solamente 65 estaban dentro del luneto; los demás tenían la misión de defenderlo desde la plaza de armas: 15 en los ángulos flanqueados de los baluartes, otros 15 desde el baluarte completo,

Logrado este primer paso, los adversarios tenían que salvar un foso de más de 15 pies de profundidad para llegar hasta las cortinas y los baluartes de la fortaleza (dos medios baluartes y uno completo) que estarían defendidos por 335 hombres. Una vez conquistados, aún quedaban un tercer foso y dos hornabeques para ser tomados, que se correspondían con los dos semibaluartes.

Sin embargo, para conseguir el dominio de la Cabaña y, desde aquí, de la plaza, la toma del castillo de San Carlos debía ir por fuerza seguida de la del Morro. Del resguardo de éste se encargaba un batallón de infantería con 675 hombres, y 100 artilleros que servían otros tantos cañones; la distribución de la tropa de infantería se haría colocando 100 hombres para proteger el camino cubierto; 50, la plaza de armas y 25, los dos ángulos flanqueados del camino cubierto; además, se dispondrían centinelas dobles en todas las garitas y 15 hombres en el cuerpo de guardia de la puerta. Por las noches se debía guarnecer cada uno de los flancos de los baluartes con 12 hombres, y como medida de organización se recomendaba que a diario una orden dispusiese qué compañía acudiría a cada puesto defensivo en caso de alarma.

El Morro y la Cabaña estarían defendidos conjuntamente por 2 065 soldados de infantería y 275 de artillería que asistirían a sus 178 cañones; esto representaba una fuerza artillera y de tropas superior a las de la plaza y los castillos de la Punta, de Atarés y del Príncipe juntos. No obstante, existía la posibilidad de que un ataque por brecha obligara a rendirlos. En este caso, los comandantes de la Cabaña y del Morro serían los primeros en exponerse al peligro, permaneciendo siempre en los lugares que hubiese que resguardar. Además, estimularían a los oficiales del ejército con la promesa de un premio por su valor y alentarían a los soldados veteranos recordándoles que el Rey les pagaba durante toda la vida para contar con ellos en estas ocasiones y gratificándoles los trabajos extraordinarios que realizasen. Si a pesar de todo tuvieran que abandonar sus fortalezas se contemplaba primero volver a la plaza y, si estuviera tomada, dirigirse al interior de la isla para continuar la defensa.

otros tantos desde el semibaluarte, y 25 desde la tenaza; es decir, 70 hombres defendían estos puestos avanzados cuya resistencia era la clave de la defensa.

LA DEFENSA DEL RESTO DE LA ISLA

El plan de defensa termina con una nota muy breve sobre el estado de las fortificaciones de los puertos de Baracoa y Matanzas, en la costa norte, y Xagua, Santiago de Cuba y Guantánamo, en el sur de la isla. Abarca señalaba que los puertos del norte carecían de fortificaciones y que por esta razón sólo servían para estorbar a los corsarios. En cuanto a los de la costa sur, sólo Santiago de Cuba contaba con una fortificación importante, el castillo del Morro, y con una guarnición capaz de defenderse en caso de guerra: las tropas veteranas del batallón fijo y dos batallones de milicias. Guantánamo y Xagua eran los puertos más apropiados para el desembarco, pero el segundo era el único que contaba con un castillo y una guarnición de 120 hombres. Abarca consideraba improbable un desembarco enemigo por estos puertos con la intención de conquistar el interior de la isla y admitía que no se podía estar preparado para defender todas las costas de la isla; por tanto, recomendaba esperar el ataque para decidir qué hacer.

CONCLUSIÓN

El plan de defensa de La Habana redactado por Silvestre Abarca se enmarca en la política de reformas militares emprendidas en la isla de Cuba tras la recuperación de La Habana en 1763; es consecuencia de la derrota de 1762 y una sugerencia del conde de Arand; se basó en aprovechar las posibilidades que ofrecían las recientes fortificaciones y el nuevo ejército organizado por O'Reilly, que permitió disponer en 1771 de casi 10 000 hombres entre tropas veteranas y de milicias para salvaguardar la isla.

El núcleo de este plan era el análisis detallado de cómo debía responder el sistema defensivo ante una agresión externa. Abarca consideró necesarios 4 580 soldados de infantería, 118 de caballería, 50 dragones y 440 artilleros para defender la plaza, aparte de un ejército volante formado por más de 4 000 infantes, 150 dragones, 300 fusileros de montaña y 240 artilleros,²⁰ y la

²⁰ SHM, 4.1.1. *Defensa de La Habana y sus castillos por el brigadier ingeniero*

estrategia de la defensa se fundamentó en alargar lo más posible el asedio para ganar tiempo, a fin de que, por una parte, las enfermedades tropicales diezmasen las tropas enemigas, y por otra, pudiera llegar ayuda, bien de la isla o de sus territorios próximos.

Para que estas enfermedades produjeran su efecto se necesitaban al menos dos o tres meses y aún más para que diera tiempo a que se recibieran los refuerzos;²¹ por tanto, Abarca previó el tiempo que debía resistir cada uno de los puestos y de las fortificaciones de la plaza para lograr este objetivo. En su opinión, los enemigos necesitarían diez días para destruir las baterías que se oponían al desembarco, un mes para tomar los castillos del Príncipe y de Atarés, y tres meses para conquistar la fortaleza de San Carlos en la Cabaña, sin contar el castillo del Morro. En total, calculó que el aparato defensivo de la plaza (fortificaciones y ejército) podía prolongar el asedio durante más de seis meses.

Asimismo, el plan contiene órdenes estrictas sobre el papel de los jefes militares en la defensa, señalando con exactitud el puesto que debía ocupar cada uno e insistiendo en que tenían obligación de dar ejemplo y de ponerse al frente de sus tropas, arriesgando su propia vida. Es una crítica directa al papel que había jugado el gobernador Juan de Prado, quien durante el ataque inglés nunca se puso al frente de sus tropas para defender La Habana.

El interés de este plan de defensa está, además, en que fue el primero de los que se elaboraron para América en el último tercio del siglo XVIII. Su influencia se percibe en otros, por ejemplo el de Veracruz, con el que presenta bastantes similitudes. Este último, que ha sido estudiado por Julio Albi, parte como el de La Habana de una hipótesis de invasión y, a partir de ella, se organiza

director D. Silvestre Abarca, p. 18. Estado general de los puestos que se deben guarnecer para la defensa de La Habana, la tropa que con cada uno se debe emplear y los cañones que la guarnecen, La Habana, 8 de abril de 1771.

²¹ Sobre el tiempo que tardaron en llegar refuerzos a La Habana en 1762 y las dificultades que se presentaron, véase Parceró Torre (1998, 137-138).

la defensa de la plaza y del castillo de San Juan de Ulúa con el mismo objetivo: ganar tiempo para que las enfermedades atacasen al enemigo mientras llegaban las ayudas.²²

E-mail: celiaparcero@hotmail.com

Artículo recibido el 26/02/03, aceptado 17/06/03

ARCHIVOS CONSULTADOS

AHN Archivo Histórico Nacional de Madrid, Sección Estado, leg. 3025
SHM Servicio Histórico Militar de Madrid, 4.1.1.1

BIBLIOGRAFÍA

Albi, Julio

1987 *La defensa de las Indias (1764-1779)*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Amores Carredano, Juan Bosco

2000 *Cuba en la época de Ezpeleta (1785-1790)*, Pamplona, EUNSA.

Blanes, Tamara

2001 *Fortificaciones del Caribe*, Madrid, Letras Cubanas.

Capel, Horacio, Joan Eugenio Sánchez y Omar Moncada

1983 *Los ingenieros militares en España, siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona, Universidad de Barcelona.

1988 *De Palas a Minerva: la formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Delgado, Jaime

1963 "El conde de Ricla, capitán general de Cuba", *Revista de Historia de América*, núms. 55-56, Madrid, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense.

²² Albi (1987, 64-65). El plan de defensa de Veracruz está fechado el 17 de enero de 1775 y firmado por Juan Fernando de Palacio, Manuel de Santisteban, Agustín Crame, Nicolás Devis y Segismundo Font.

- Helguera Quijada, Juan, Nicolás García Tapia y Fernando Molinero
1988 *El canal de Castilla*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Kuethe, Allan J.
1979 "La introducción del sistema de milicias disciplinadas en América", *Revista de Historia Militar*, núm. 47, Madrid, Servicio Histórico Militar, pp. 95-112.
1986 *Cuba, 1753-1815, Crown, Military, and Society*, Knoxville.
- Mijares Pérez, Lucio
1992 "El sistema defensivo indiano en el siglo XVIII", en *Hispanoamérica como protagonista*, Burgos, Caja de Ahorros Municipal de Burgos, pp. 33-57.
- Parcero Torre, Celia María
1998 *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas en Cuba (1760-1773)*, Ávila, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Pérez Guzmán, Francisco
1997 *La Habana clave de un imperio*, La Habana, Ciencias Sociales.
- Pezuela, Jacobo de la
1962 *Cómo vio Jacobo de la Pezuela la toma de La Habana por los ingleses*, La Habana, Editora Nacional.
- Segre, Roberto
1972 "Significación de Cuba en la evolución tipológica de las fortificaciones coloniales de América", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas de Caracas*, Caracas, p. 57.
- Torres Ramírez, Bibiano
1969 *Alejandro O'Reilly en las Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.